

cerrar juntas las montañas de todos los orbes creados. Allí se detuvo el ángel de la muerte.

No tiene senda el infierno para bajar á sus profundos senos: desde el pórtico en adelante ruedan gigantescas rocas chocando desordenadamente entre sí al través de las llamas que brotan en todas partes, sin destruir aquellos peñascos que surcan y penetran. Sobre la cima de la mas alta de las ardientes rocas se ve al Terror, pálido, mudo, desordenado el cabello, llena de vértigos la frente, fijos los ojos, desencajados de las órbitas y clavados en el fondo de los abismos!

El ángel esterminador aparta la vista de aquel espectáculo, inclina su espada hácia el Averno, y clama en voz tonante:

« ¡ Judas Iscariote, hé aquí la morada de los reprobos, la tuya! ¡ En la cruz muere el Mesías para redimir á los pecadores de la muerte eterna que aquí reina, y esa muerte, viéndolo estás, no es el sueño de la nada! »

Dice, precipita al reprobado en los infiernos, emprende de nuevo su rápido vuelo, atraviesa el Empireo, vuelve al Gólgota y espera allí los decretos de la irritada divinidad.



CANTO DÉCIMO.

ARGUMENTO. — Mira Jesús á Satan y á Adramelec que se habian refugiado á orillas del mar Muerto y los dos príncipes de tinieblas sufren horribles dolores. — Llévanse los ángeles custodios á las almas de los primeros cristianos para que animen á sus cuerpos que las esperan en la tierra. — Bendícelas el Mesías. — Reunidas las almas de los patriarcas y de los profetas en el bosque de Getsemani, discurren sobre los padecimientos del Redentor. — Espresan su dolor en solemnes cánticos las almas de Simeon y de san Juan Bautista, de Miriam y de Debora. — Abatidos por la tristeza apartanse los fieles del Gólgota. — Lázaro sigue á Tadeo que se ha refugiado á los sepulcros y le consuela comunicándole una parte de las proféticas sensaciones que experimenta desde que Jesús le ha resucitado. — Anuncia Uriel á los seráfines y á los patriarcas la llegada del ángel de la muerte. — Henoc, Abel, David y Seth entonan fúnebres cantos; lloran amargamente sus pecados Adán y Eva orando por la redención del género humano. — Llega el ángel de la muerte, descansa en el monte Siná y cae sobre el Gólgota donde despues de adorar al Mesías le hiere cumpliendo los decretos del Eterno. — Pronuncia Jesús sus últimas palabras sobre la tierra y espira.

Adelantando en mi santo y temido camino, me aproximo al instante de la muerte del Mesías, muerte sublime que fué solo un sacrificio de amor. Sosténgame esta consoladora esperanza, y ayúdeme á evitar los escollos que me amenazan. Una voz clama á mi derecha: « Sé temeroso y reservado porque cantas á un Dios; » á mi izquierda dice otra voz: « Sé ardiente y solemne porque cantas á un Dios! » Y yo; ay de mí! no soy mas que un debil mortal. ¡Oh tú que conoces mis pensamientos antes de que en mi espíritu se desarrollen, sosten mi tímida voz, y que un rayo de tu gloria ilumine esta alma ansiosa de conocerte y adorarte!

El trono del Eterno, poco há brillante y rodeado por legiones de seráfines con arpas de oro en sus manos, ahora se halla tenebroso y desierto: solo el primero de los ángeles de la muerte se encuentra postrado en las gradas de aquel trono y espera con santo terror una orden que presiente y le hiela de espanto.

Continua enyuelta la naturaleza en un inmenso velo de luto, y al través de ese velo deja el Eterno caer una mirada sobre el Mesías que él solo ve y comprende. Auméntase entonces su palidez; sus moribundos ojos se vuelven hácia la tumba recientemente abierta en una roca no distante del Gólgota; y su pensamiento se dirige al Eterno.

« ¡Héla pues ahí, oh padre mio, la sombría bó-

veda donde este cuerpo que la tierra me prestó va á dormir el sueño de la muerte!... Dígnate enjugar las lágrimas que por mí van á correr. ¡Misericordia para los que lloran á tu hijo, misericordia para los que creen en él; misericordia cuando les envíes la muerte, que es, yo mismo lo siento, el arma mas terrible de la Divinidad! ¡Ningun ser creado la conocerá nunca tal como ya la sufro: una sola gota del océano de padecimientos en que tú me has sumido, sembraría la desesperacion en todo el género humano! ¡Misericordia, oh Padre mio! Ten piedad de aquel desdichado que luchando contra el infortunio te ha permanecido fiel; ten piedad del que cumple con las obligaciones de la amistad, del humilde y del caritativo; ten piedad del rico y del poderoso que emplean los mundanos bienes en aliviar las miserias de sus hermanos; ten piedad de todos cuando la destruccion reclame su cuerpo y tú su alma. Dios de bondad, Padre mio: por la corona que ensangrienta mi frente, por la agonía que hiela la médula de mis huesos, por el amor infinito que me hace morir sobre la cruz, oye mis votos. »

Así pensó el Mesías, y apartando sus ojos de la tumba, los fijó en el mar Muerto. Nuncio rápido y terrible de sus miradas, el Terror hiere á Satan y á Adramelec que yacian en las orillas del maldecido lago; y uno y otro príncipe del Averno se levantan,

tiemblan y rugen como dos montes minados por el subterráneo fuego. ¡Comprenden los dos reprobos que se cumplió la palabra que pronunció el Señor en Eden despues de la caída del primer hombre y que el Mesías ha hollado bajo su planta la cabeza de la serpiente! El infierno entero comprende su derrota. Atormentado con padecimientos tales como nunca hasta entonces los experimentó, Satan aprieta en sus contraídas manos un peñasco y lo reduce á polvo; sordos gemidos salen de su pecho é interrumpen estas palabras que dirige al compañero de su oprobio y de su desdicha :

«¿Adramelec, sientes como yo que nuevos y cada vez mas horribles tormentos penetran en los mas escondidos senos de tu corazon? Escucha, pecador eterno, maldito reprobó: yo pecador eterno, maldito y reprobó como tú, quiero pintarte lo que padezco. No tienen los infiernos colores bastante sombríos para pintar tal cuadro; lo sé, mas no importa; es preciso que sepas mis angustias, y si padeces menos que yo, infame condenado, quiero al menos reducirte á temer una suerte como la mia. ¡Juzga del horror de mis tormentos pues que el aspecto de tus males ya no me regocija! Pues mas hay todavía: el abatimiento en que he caído no tiene límites, y me obliga á reconocer que el Eterno es omnipotente!... Sí, es omnipotente!... ¿Y yo, qué soy, pues? El mas espantoso de los monstruos de

los abismos; esos abismos y todas sus maldiciones pesan sobre mí... ¡Tan miserables somos que no nos ha creído dignos de arrojarnos por su mano en estas malditas orillas! Uno de sus ángeles nos ha mandado huir y hemos huido... y ese angel nos ha hablado en nombre del Mesías y hemos huido; y el Mesías espira en este momento en la cruz! ¡Horrible misterio! Mis vanos esfuerzos para penetrarte son para mí un nuevo tormento, un nuevo anatema. Infiernos, orbes, y vosotros cielos, volved á ser el Caos y caed sobre Satan, y ocultadle á la cólera del Eterno. »

Así habló el rey de las tinieblas, y Adramelec el audaz, el orgulloso Adramelec, mirándole con selvática desesperacion y haciendo un penoso esfuerzo para reunir sus fuerzas, esclama :

« Socórreme, Satan, socórreme... me humillo hasta implorarte.... si lo exiges te adoraré... »

Esa frase que el dolor le arranca le presta nueva energía, y rodeando á Satan con sus brazos de yerro le sacude rabiosamente y ahulla estas frenéticas palabras :

« ¡Oh tú el mas negro de los condenados, socórreme pues!... ¡padezco mil y mil condenaciones!... ¡ya no me queda fuerza para aborrecerte como antes te aborrecia!... ¡oh mengua de los infiernos! ¡Maldecirte quisiera y te pido auxilio!... ¡Sí; padecería menos, si pudiera lanzar sobre tí las

devoradoras llamas de la maldición!... Quiero poderlo... lo quiero... »

¡Oh terror de los orgullosos! Adramelec vuelve á caer mudo é inmóvil!... Así, sufren aquellos dos malvados el suplicio que les impone la sentencia del Mesías, terrible sentencia que alcanza al propio tiempo á todos los príncipes de las tinieblas, cuyos ahullidos y desesperados gritos pueblan los abismos y llenan de espanto á los condenados.

¡Basta, musa de Sion, basta! ; Deja caer el velo que oculta la region de los tormentos! Santas y divinas penas, dolores que reconcilian á la especie humana con su Creador reclaman tus cantos.

Las miradas y el pensamiento de Jesus han vuelto á fijarse en las legiones de inmortales que gimen y lloran en torno de su cruz; y los contempla en toda la plenitud de su amor y de su misericordia. La vista de las almas que aun no han descendido á sus mortales cuerpos le procura una dulce satisfaccion; porque sabe que el tránsito de esas almas por la tierra formará una de aquellas épocas célebres que son fuentes inagotables de salud y de felicidad para las generaciones futuras. Pocas veces conserva la posteridad la memoria de los seres generosos que por ella se sacrificaron, pero sus virtudes, que tan fácilmente olvidan los hombres, se reflejan en sublimes acciones inspira-

das por los bellos ejemplos que ellos dieron. Así la piedra ya caída en el fondo de un lago deja en la superficie del agua señal de su paso en los círculos que giran, y se estienden hasta las floridas orillas.

Procurando la mas bella de aquellas almas definir sus vagas inquietudes, siéntese iluminar por un destello de la luz divina que ha de guiarla durante su vida mortal y que la inspira este dulce pensamiento:

« Sí, lo comprendo, el hijo del Eterno es quien muere sobre la cruz: su rostro brilla como los soles de las regiones que habitamos, pero con mas suave y celestial resplandor... Tampoco se parece á nuestros amigos los ángeles; y mas bien se asemejarían sus formas á las de los hombres que le rodean, si una mano poderosa alcanzara á borrar de las facciones de estos la espresion de bajeza y de loco orgullo que las afea. ¡Y tambien nosotros vamos á ser hombres y á habitar en cuerpos perecederos!... ¿Hay en lo infinito diferentes especies humanas, ó son los que vemos nuestros futuros hermanos?... No sé, pero vagamente recuerdo que el mundo que ví, al salir Adán de las manos de su Creador, era mas bello, mas alegre... ¡Hágase tu voluntad, Padre de los ángeles y de los hombres; hágase tu voluntad, hijo del Eterno!... De todos los misterios de los cielos, el mas impenetrable es el que se

consume en este momento. Atormentado por espantosos dolores siente el Mesías que el principio de su vida huye de él; y vosotros, seráfines, que hasta aquí respondiais á todas mis preguntas, ¡guardais silencio! ¿Será para vosotros menos importante ese misterio que lo es para las almas destinadas á envolverse en mortales cuerpos? ¿Qué ardiente amor es este que hácia tí me arrastra, divino Mediador? Si me amaras como yo te amo, tal vez entonces se borrara la mancha con que me afeó el pecado del primer hombre, y se me admitiese acaso en la divina contemplacion. Dueño del universo, satisfaz esta sed de bienaventuranza que me has dado; haz que pueda aproximarme á tí, porque solo cerca de tí se encuentran la paz y la felicidad. »

Mientras así pensaba aquella alma próxima á entrar en la vida, sonó la hora solemne que dió principio á su porvenir, y al de las demas que la acompañaban. Una mirada de Jesus ordenó á los ángeles custodios, que las condujeran á sus terrestres moradas, y, despues de haberlas bendecido, dijo en su pensamiento:

« Id á vivir, creed, y vencereis por mí; porque los mundos no existian y ya os amaba yo. »

Refiere, oh santa musa que me inspiras, las acciones que han de santificar la vida de aquellas piadosas almas, pues aunque el Mesías no les permite

conservar memoria de la dicha que tuvieron contemplándole en la cruz, les deja conservar el germen de los sublimes pensamientos, que tal espectáculo les inspiró, y ese bastará á sostenerlas en el buen camino hasta la hora de la muerte.

La mas bella de todas era tu alma, noble Timoteo¹: recibirás con fe ardiente la ley de Cristo muerto y resucitado; apenas salgas de la adolescencia ya tendrás las fuerzas necesarias para velar sobre el rebaño de fieles que te será confiado por Pablo, convertido en el mas firme apoyo del Dios á quien primero persiguió; y cuando caigas víctima del furor de tus verdugos, tu muerte, mas sublime todavía que tu vida, iniciará á mil y mil pecadores en la vida eterna. El dia de la grande asamblea de los muertos á todas os nombrará el Mesías, bienaventuradas almas que le visteis padecer antes de ocupar vuestros mortales cuerpos.

Tú nombre, valeroso Antipo², será pronunciado

¹ Timoteo, discípulo de san Pablo y obispo de Efeso, fué apedreado por oponerse á una fiesta que los habitantes de aquella ciudad celebraban en honra de Diana. — T. F.

² Uno de los primeros mártires y el único de quien habla san Juan en su Apocalipsis. Las demas personas á quienes Klopstock designa entre las que supone que fueron llevadas al pie de la cruz antes de nacer, son todas mas ó menos célebres entre los primeros cristianos. No hay una entre ellas de quien no se haga mención muchas veces en los hechos y epístolas de los apóstoles; y el breve análisis que de su vida hace el autor es un trabajo biográfico de suma exactitud. — T. F.

por el Señor, cuando en las orillas de Patmos decida del porvenir de sus fieles; amarás con puro y constante amor al que murió en la cruz y por él morirás.

Y tú, Hermas, cantarás al hijo del Eterno, con todo el ardor de una santa pasión; y tus salmos serán recogidos por los fieles en las cavernas solitarias que los ocultan á sus perseguidores, y cantados en alta voz cuando para ellos llegue la hora del suplicio.

Haciéndose superior á las flaquezas de su sexo, se consagrará enteramente Febea al servicio del Dios muerto y resucitado; socorrerá á los pobres, consolará á los enfermos; y serán sus dulces palabras intérpretes de la divina misericordia para los moribundos. Desconocida pasará por la tierra, mas velarán los ángeles sobre ella y conducirla casta y pura al seno de Cristo, objeto exclusivo de su amor.

Largo tiempo vagará instigado por la ardiente sed de la ciencia, el estudioso Herodion, en la espinosa senda de la mundana sabiduría; mas reconociendo al fin que aquel que aun mas que por sus milagros, señaló con la verdad de sus doctrinas su tránsito por la tierra, es el único maestro á quien debe escucharse, disipará su cegüedad la luz ce-
y vivirá y morirá por su Redentor.

Epáforas, tan ardiente como piadoso, tendrá la honra de estar preso con Pablo en la ciudad de las

siete colinas; sus celosas oraciones atraerán la bendición del cielo sobre toda la naciente cristiandad y singularmente sobre los Colóseos sus predilectos. Su celo y su piedad sostendrán largo tiempo á los moradores de Laodicea, en el camino de la salud; y cuando pronuncie el profeta de Jesus en las playas de Patmos la sentencia de aquella ciudad tibia y debil, por consideracion á Epáforas penetrará un rayo de esperanza al través del terrible decreto, prometiendo coronas y blancos ropages á los pecadores arrepentidos ¹.

Desdichas y penas probarán á la dulce y piadosa Pérsida; mas sus oraciones y sus lágrimas la abrirán las puertas del cielo.

Desdeñará Apeles la fama que con harta frecuencia calumnia y persigue á la virtud sin ofrecerle nunca recompensas dignas de ella; desdeñará la aprobacion del mundo y aun la de los sabios, porque la humana sabiduría, por perfecta que sea, solo de las acciones juzga sin que le sea dado penetrar las intenciones; y la accion es corteza visible y grosera, la intencion aliento celestial, inaccesible para los órganos terrestres. Apeles no conocerá

¹ Imitacion del capitulo tercero del Apocalipsis, en el cual refiere san Juan que el Mesias le mandó escribir al angel de la Iglesia de Laodicea, una de las siete primeras establecidas en Asia, que amonestase á los Laodicenses que no eran *ni frios ni calientes*. á fin de que obrasen como verdaderos cristianos. — T. F.

otros deseos que los de seguir las huellas de su divino Salvador.

Flavio Clemente, deudo cercano del Cesar, renunciará voluntariamente á las ventajas de tan brillante posicion; acusaranle los Romanos de pasar la vida en muelle ociosidad, y de hacer traicion á su honra y á la patria; mas él, firme en su propósito, cumplirá siempre con los deberes de cristiano, que á sus ojos serán los mas sagrados. Hará cuanto de un mortal depende para alcanzar la corona del martirio; y si convencido de que jamas le comprenderian los esclavos, que se arrastran al pié del trono, renuncia á combatir con ellos abiertamente en la corte de su dueño, no serán su celo y su fervor menos útiles á sus hermanos, menos agradables á Dios, empleados en mas baja esfera.

Desconocidos serán para Lucio el orgullo y el desaliento; y sin descuidar sus deberes con los hombres consagrará una gran parte de los dias de su vida á santas meditaciones. Durante una de esas le llamará Dios á sí.

Sírvaos de Norte á vosotros, oh almas, que habeis de vivir entre los enemigos de vuestro Dios el ejemplo de la joven Triphoena, quien ardiendo en el amor puro é intenso de que solas las almas virtuosas son capaces, por un mancebo dotado de cuantas prendas agradan y seducen, se apartará de él para siempre, por no querer aquel su

amante renunciar á la creencia y prácticas del paganismo. La noble doncella hallará consuelo á su dolor en la misma santidad de su resolucion; tiene el cielo gozos especiales destinados á las piadosas almas, que desconfiando de sus fuerzas saben huir del peligro.

Inaccesible aun á aquellas tentaciones en la apariencia inocentes, y de que los mas celosos cristianos no saben siempre libertarse, amará Lino la soledad, ocupándose en ella en sondear su propio corazon; y cuando la necesidad le obligue á vivir entre los hombres, los medirá como la palabra divina los mide. Consistirá la mas dulce alegría de Lino, en sembrar flores sobre las tumbas y entregarse á los santos éstasis, que produce la certidumbre de una vida inmortal.

Desmentirá Trajano su humana y generosa condicion condenando á Ignacio á morir en el suplicio, é Ignacio morirá gozoso por su Dios. No le acuse la envidia de haber buscado la gloria del martirio con demasiado ardor: no, el alma de aquel justo es una estrella brillante y pura que se alzaré con suave y grato resplandor; y al ocultarse el horizonte, dejará tras de sí un destello de santidad. Al morir enseñará á los cristianos cuan preciosos deben serles sus últimos instantes, y que es lo que está obligado á hacer por sus compañeros de lucha y de victoria aquel que ya llegó al fin de

su carrera. Con ardientes oraciones y piadosos discursos sostendrá Ignacio el valor y la fe de los amigos, que para darle la última prueba de amor y de respeto le acompañarán al lugar del suplicio; y, despues de darles su bendicion, se arrojará en la arena al encuentro de los feroces animales que han de devorarle.

La joven Claudia tendrá la desdicha de nacer de una familia irrevocablemente apegada á los errores del paganismo; y haciendo justicia á la probidad de su padre, á las dulces virtudes de su madre y á los amables dotes de sus hermanos y hermanas, los amará á todos y de todos será amada: mas tendrá energía suficiente para apartarse de todos ellos á fin de vivir y morir cristiana.

Sin conocer el sombrío descontento de los misántropos huirá Amfio del trato de los hombres porque á un profundo conocimiento del corazon humano, unirá el mas vivo deseo de obedecer á aquella ley que manda al cristiano caminar incesantemente á la perfeccion de Dios. Ante sus ojos lucirá siempre una luz celeste, ella será el Norte que le guie; á veces tropezará, mas sin embargo caminará por la difícil senda de las virtudes cristianas, hasta llegar á su término donde la celestial bienaventuranza aguarda á los vencedores.

Flegon correrá el brillante círculo de la griega filosofía: rico y poderoso gozará de sus bienes sin

molice ni vanidad; aliviará á los desgraciados bajo el velo del misterio, y prodigando consejos y consuelos á los espíritus ciegos por la ignorancia ó turbados por la duda, les trasmitirá su fe y su celo. Modesto hasta la humildad solo á Jesus querrá conocer como única regla de su vida, única esperanza en su muerte; mas cuando encuentre á un hermano, tímido ó incrédulo, entonces la fuente de su elocuencia, corriendo súbitamente, llevará el raudal de la conviccion á todos los corazones.

Trifosa, la mejor y mas santa de las madres, educará á sus hijos en el santo amor del Dios que murió por redimir á la humana especie, y será por su prudencia y su piedad, apoyo firme de la nueva Iglesia. Costarále la vida el dársela al último de sus hijos, mas desde el empíreo velará sobre él, hasta el instante en que los seráfines vuelvan á ponerle en sus brazos; y entonces derramará lágrimas de gozo sobre aquel amado hijo, viéndole ceñir la corona del martirio, que supo ganar, merced á haberle instruido sus hermanos en la ley de Cristo.

Grande es renunciar á la venganza, aun cuando sea justa, pero mas grande aun es amar á sus enemigos y socorrerlos secretamente cuando pesa sobre ellos la mano del dolor. Eso es lo que tú harás, ó noble Erasto, cuyo nombre pronuncio yo con

respeto, y á cuya presencia, cuando entres en la vida eterna, se inclinarán los seráfines.

Tales serán los destinos de las almas que sus ángeles custodios condujeron al pié de la cruz antes de hacerlas ingresar en esta vida de pruebas y padecimientos. Al pasar, con los inmortales que las guían, por cerca del monte de los Olivos, vieron á Getsemani y en el valle las veinte palmeras en medio de las cuales padeció Jesus la primera hora de angustias. Allí experimentaron santa conmoción y recibieron las bendiciones de los bienaventurados que bajo las palmeras estaban reunidos.

Simeon ¹ y Juan el precursor, aquel á quien se juzgó digno de bautizar al Mesías y de oír la voz del Eterno ²; el hijo de Amós, profeta del sacrificio de la Redención ³; y aquel otro profeta, testigo de

¹ Era Simeon uno de los barones mas justos de Israel, y mereció que el Espíritu Santo le prometiese que no moriría sin ver al Mesías. En efecto cuando José y María llevaron al niño Jesus al templo para circuncidarle, reconoció Simeon al Mesías, le bendijo y tomándole en sus brazos, exclamó que ya podia morir en paz. El mismo Simeon predijo tambien á María que una espada traspasaría su alma á fin de que fuesen descubiertos los pensamientos de muchos corazones. (Evang. de S. Lucas, cap. II.) — T. F.

² Cuando Jesus salió del Jordán en donde el precursor le habia bautizado, bajó el Espíritu Santo sobre él, y dijo una voz del cielo: *Este es mi hijo, el amado en quien me he complacido.* (Evang. segun S. Mateo, cap. III.) — T. F.

³ Isaías, hijo de Amos, en cuyas profecías se habla mas terminan-

la resurrección, puesto que despues de haber dicho:

« *Huesos secos, oid la palabra del Señor,* » vió resucitar á los muertos ⁴; Noé, Lot, Samuel, Aaron y tu Melquisedec, profeta, sacerdote y rey á un tiempo ⁵; José y Benjamin, los mas amantes de los

temente que en todas las demas de todas las circunstancias de la vida y muerte del Mesías. — T. F.

⁴ Alusión á una vision del profeta Ezequiel, que en ella fué trasportado á un campo cubierto de huesos humanos ya secos. Mandóle Dios que profetizase sobre ellos y élles dijo: *Huesos secos, oid la palabra del Señor;* y los huesos se cubrieron de nervios y de carnes, descendió el aliento del Señor sobre los muertos y resucitaron y formaron un numeroso ejército. (Ezequiel, cap. XXXVII.) — T. F.

⁵ Kedor-Lahomer, rey de un país situado á orillas del Eufrates, al cual llaman los Griegos Elymais, y Elam los geógrafos Hebreos, fué uno de los primeros conquistadores conocidos en la historia. Reinó 1915 años antes de Jesucristo; y despues de haber sometido á todos los reyes de Mesopotamia, saqueó en el valle de Siddim á Sodoma y á Gomorra. Entre los cautivos que hizo iba Lot, cuyo hermano Abraham, morador entonces de la llanura de Mambre, reunió á sus siervos, sorprendió durante la noche á los guerreros de Kedor-Lahomer, los batió y les arrebató el botín y prisioneros que en su poder tenia: entonces fué cuando Melquisedec, *rey de Salem y primer sacerdote del verdadero Dios,* salió al encuentro de Abraham para felicitarle por su victoria y ofrecerle pan, vino y todo cuanto podían necesitar los suyos. En cambio le dió el patriarca la décima parte de todos los despojos del enemigo. (Genesis, cap. XIV.) Ningun historiador habla de ese Melquisedec, primer sacerdote del verdadero Dios y rey de Salem, y no se sabe ciertamente cual fuese aquella ciudad. Segun la opinion mas acreditada era la misma que la que despues se hizo célebrima bajo el nombre de Jerusalem. Melquisedec ha sido objeto de las interpretaciones mas osadas y singulares. Los discípulos de Teodoro Argentino sostuvieron que Jesucristo y Melquisedec eran una

hermanos; los siete hijos con su Madre ¹; David y Jonatás ²; Miriam ⁴ y Débora ⁰: todos estabais

misma persona, mas su doctrina se declaró herética. Algunos Griegos pensaron que aquel rey pontifice era un angel, y otros el Espíritu Santo. San Pablo sostiene que fué un emblema del Mesías enviado á la tierra para establecer en ella el culto del verdadero Dios, interin y hasta tanto que en ella brillase la luz de la redencion. Klopstock ha seguido la doctrina de san Pablo, como se verá en el undécimo canto, en el cual figura Me'quisedec entre los resucitados. — T. F.

¹ Ciento sesenta y cuatro años antes de Jesucristo se apoderó Antiocho Eupator, rey de Siria, de la Judea, y estableció en Jerusalem el culto de los ídolos. Rehusaron siete mancebos Israelitas y su madre sacrificar á los falsos dioses y fueron todos asesinados. A esas víctimas de la barbarie de Antiocho se les considera como los primeros mártires. (Mac. b., lib. II, cap. vi.) — T. F.

² Deseando Saul conocer al vencedor de Goliat, mándole á llamar y en efecto se le presentó el joven David con la cabeza del Filisteo en la mano. Prendóse Jonatás, hijo de Saul, que estaba presente, de tal manera de David, que desde aquel instante se hizo su amigo y continuó siéndolo aun cuando aquella amistad llegó á ser contraria á los intereses de su propia familia. (Samuel, lib. I, cap. 17, 18 y 19.) — T. F.

³ Miriam, que en hebreo significa María, era hermana de Moises. Ella fué la que ocultó á las orillas del Nilo, siguió con la vista el cesto de mimbrés en el cual arrojó á Moises su madre Aniram al Nilo, despues de haberle ocultado tres meses, para sustraerle á la inhumana ley que mandaba á los Israelitas dar muerte á sus hijos varones. Al salir de Egipto y pasar el mar Rojo, Miriam, entonces ya profetisa, en'ónó, al frente del pueblo, el célebre cántico de gracias al Eterno que se encuentra en el capítulo 15 del Exodo. — T. F.

⁴ Despues de la muerte de Elias, volvieron á caer los Israelitas en la idolatría, y para castigarlos envió Dios contra ellos á un rey cananeo que los redujo á la esclavitud. Mas habiéndose arre,entido, reuniólos la profetisa Débora sobre la montaña de Efraim en Palestina, y mandó á Barac, juez entonces del pueblo de Israel, que fuese á combatir al enemigo. Puso Barac por condicion para obedecer que

bajo aquellos sagrados árboles en profundo silencio por temor de aumentar vuestra tristeza comunicándoos unos á otros las sensaciones que experimentais.

Por fin, dirigió Simeon la palabra al Bautista, designándole la aerea tropa conducida por los ángeles á la tierra :

« He aquí, le dijo, á los nuevos elegidos, primogénitos hijos de la fe. Id, que con vosotros va el Señor en toda la plenitud de su misericordia. Deramad sobre el linage de Adan virtudes mas dulces y santas que las que enseña la mundana sabiduría. ¡ Oh noble profeta del Desierto! ¿ La vista de esos justos no mitiga en parte el dolor que te causan los padecimientos del Mesías? »

Y Juan el precursor, responde :

« ¡ Ay de mí! No encuentro palabras para explicar lo que siento desde que veo en la cruz al hijo del Eterno : déjame adorarle en silencio.

« Como el rayo son tus palabras, inflexible Juan; ¿ porqué me recuerdas que todavía no ha cesado

le acompañase la profetisa y haciéndolo esta en efecto, bajó del monte con el juez y maldijo al enemigo que fué derrotado. Débora estuvo bajo una palmera mientras arengó al pueblo, y de entonces quedóle su nombre á aquel arbol. (Jueces, cap. IV.) Tiénese por obra maestra en poesía, el himno con que celebró la profetisa la libertad de su pueblo. (Jueces, cap. V.) Todos los cantos que Klopstock pone en su boca en este poema, son imitaciones del que acabamos de citar. — T. F.